

CATALINA RAVENTÓS y FLORENCIO SÁNCHEZ

El bohemio incorruptible y la niña de familia

Florencio Sánchez (Montevideo, 1875; Milán, 1910): dramaturgo y periodista uruguayo de hondo arraigo en el pensamiento y la identidad rioplatense. Algunas de sus obras, como *En familia*, *Barranca abajo* y *Los derechos de la salud*, pasaron a integrar el imaginario popular y labraron en buena medida nuestro carácter cultural.

Catalina Raventós (Salto, 1882; Montevideo, 1955) se casa con Florencio en 1903. El matrimonio no tuvo hijos. Ella custodió durante toda su vida la obra del dramaturgo y ordenó enterrar sus cartas bajo el monumento que se erigió en su memoria.

“Si yo muero, cosa difícil, dado mi amor a la vida, muero porque he resuelto morir.

La única dificultad que no he sabido vencer en mi vida, ha sido la de vivir”.

Florencio Sánchez. Testamento

Rosario, Argentina, 1902

Cuando escribía, inclinado sobre sí mismo, era como si no soportara ser solamente Florencio, y por eso tenía que ser otros, alcanzar el vacío por donde flotan las preguntas del mundo. Y menos mal que era capaz de escribir en cualquier lado, cosa que admiraba a sus amigos y enfurecía a sus enemigos, pero lo del atillo (situado en un miserable barrio obrero de Rosario, atrás de la Federación Obrera Regional Argentina) fue un gesto casi tan heroico como su voluntad de borrar cuartillas. Recaló allí después de escapar de los machetes de la policía uruguaya, que lo buscaba como jauría de lobos por sus devaneos anarquistas y por su deslenguado ímpetu como redactor de *Tribuna Libertaria*, periódico del Centro Internacional de Estudios Sociales, donde hacía arder la pluma a través de denuncias más afiladas que los mismos machetes. Así se comentó su disparada de Montevideo: *“parece que al César, digo a Cuestas, no le ha sentado bien que Sánchez pusiera de relieve muchas playitas, muchos malos manejos que en su virtuosa y honrada administración se han llevado a efecto”*. Que no le sentó bien lo sabían hasta los perros callejeros; lo malo fue su estallido de cólera, que obligó a Sánchez a abandonar su casa con lo puesto y refugiarse en la de un

amigo mientras juntaba algunos pesos para poner pies en polvorosa. Así cruzó a tierra argentina y atravesó desiertos de soledad y fuego y se topó una mañana cualquiera con el altillo de Rosario, que tenía la virtud de ser barato, pero hasta ahí llegaban sus bondades. Escribir en semejante sitio era, por lo menos, una refinada prueba de tortura; en invierno florecían en hongos y en escarcha los muebles y en verano los techos se derretían sobre sus hombros, pero el hombre se sentaba a la mesa y desplegaba sus papeles -casi siempre escamoteados del Telégrafo Nacional-, y entonces ocurría el milagro, si se le puede llamar así a esa trasmutación del mundo cotidiano por donde iban entrando personajes, piezas de conventillo, refranes del acervo popular, pulsos de una humanidad visceral que él convocaba porque sí, porque podía tocar la perdición y la fatalidad que la gente suele llevar al hombro. Si llegaba a llover, las paredes de su pieza -es decir gallinero- exhalaban un olor muy parecido al de una cripta. Mirándolas, Florencio habría podido acordarse, si las hubiera leído, de las palabras de Máximo Gorkii sobre su propia pieza campesina, lindera con el establo donde toda la noche hociaban los cerdos, pero Florencio ha leído más bien poco en su vida, aunque alguno de sus críticos se desborde y exagere al respecto: *“Lo ignora todo. Lo poco que lee, lo lee sin regla. La holganza le place. El orden lo irrita (...) tira lo que gana. No come siempre (...) con dinero, no escribe. Sin dinero, recurre al numen, y elabora con rapidez”*. Sin embargo, a Florencio no lo mueve la holganza o un nihilismo depresivo, sino la necesidad acuciante de caer en estado de gracia; y por eso desprecia y abandona cosas por las que otros pueden vender el alma. Antes de este altillo, y por un tiempo aún, será el Florencio anarquista -que muta en ácrata precisamente al filo del 900, en un Río de la Plata invadido por agitadores y refugiados italianos y españoles, devotos de Bakunin y Kropotkin, de Proudhon y Malatesta y de otros connotados incendiarios-. Será también el bohemio incorruptible que lleva a sus espaldas un cometa de los que desordenan mundos: la cola del cometa está sembrada de personajes de ojos enrojecidos, amaneceres de mate y de brasero, cédulas de San Juan, malicia de prestamistas y de casamenteras, parches de sebo para el mal de pecho y planchas a carbón, traiciones y avaricias, toses de tuberculoso, palanganas y cobijas moradas, olor a pata y orinales escondidos debajo de la cama, cartas de amor y embarazos secretos; y sin embargo este Florencio convertido en un nuevo Kropotkin -ha leído, aunque a saltos, a Kropotkin- escribe ahora, en su altillo rosarino, sobre una desgracia ocurrida hace un rato nomás, tan a la mala como para que la ciudad entera esté suspendida todavía de ese golpe que retumba en las calles con rumor a osamenta. Hay huelga en Rosario, y ha sido dura, y ha llegado a congregarse más de diez mil personas; y en

la manifestación de ayer -rugiente y turbulenta como pocas, realizada contra el gobierno y contra los poderosos industriales de la Refinería de Azúcar Argentina- ha caído, molido a culatazos y patadas, y ultimado de una certera bala en la cabeza, el obrero Cosme Budislavich. El cadáver será velado en la casa de la Unión Obrera, cubierto con la sangre flotante de una bandera roja, y sobre todo esto y mucho más escribe el hombre, convocando palabras que arrojará sobre la multitud como cabezas recién decapitadas.

“¡Obreros y obreras! (...) La época de los carneros que se dejaban esquilar ha desaparecido. Los patrones tienen esclavos con traje de esbirros que guardan las riquezas por nosotros producidas; tienen todo lo necesario para resistir: nosotros tenemos brazos y nuestra voluntad inquebrantable para defendernos y triunfar^{iv}.”

Buenos Aires, 1897. Un noviazgo tormentoso

“Si vieras cómo voy viendo yo a los míos.... pervertirse, degradarse con el mal ejemplo y la vagancia, todo relajado, todo desmoronado por la miseria, te lo aseguro, temblarías por tu honradez...”

La pobre gente.

Antes de ir a Rosario había probado suerte en Buenos Aires, la ciudad olvidada por las últimas olas del Atlántico, que ya en 1892, cuando la pisa por primera vez, deslumbraba y abrumaba con su romería de edificios céntricos, su puerto de agua sucia, los conventillos de madera pintada de la Boca y las insomnes multitudes que desfilaban día y noche por las veredas. En Buenos Aires, cuya condición de capital de virreinato no pasó en vano por la historia, la moda y el buen vestir eran un asunto de cuidado; y ese detalle, que no le habrá pasado inadvertido a Florencio -ninguno le pasaba inadvertido en lo que a sentimientos humanos se refiere, y por eso se entera hasta de lo que las señoritas cuchichean frente al espejo, mientras se aflojan los corsés y se acarician la punta de los senos- era cuestión de tremenda importancia para las niñas casaderas de fines del siglo XIX. También lo era para el matrimonio del cubano Enrique Raventós y la porteña Catalina Oviden, que tenían cinco hijas en edad de merecer y no podían brindarles mayor dote que la memoria de un abolengo de tres generaciones y la nostalgia de una prosperidad perdida. Una de esas hijas, llamada Catalina, tuvo la suerte o la desgracia de conocer en 1899 a un tal Florencio Sánchez -no en la calle ni en algún club bailable, ni siquiera en la vereda, sino en los pasillos de su propio edificio, situado en la calle Belgrano 2630- y enamorarse de él; tenía quince años por entonces, y de las tierras salteña y entrerriana en las que transcurriera su infancia, se había

traído una mirada quieta, mezcla de puma y de paloma, que a Florencio le resultaría entrañablemente familiar; sea como fuere, él también se enamoró de Catita -así la llamó siempre-, y lo hizo con tal empeñamiento como para ponerse a barajar de nuevo su destino. Ella vino a ser la línea fronteriza en su existencia, la raya en el polvo (la que ordena pasar al otro lado o caer fulminado en el intento). En aquella época la vida de él no podía ser más bohemia: las horas se le escurrían entre tertulias nocturnas, labores periodísticas, potentes despuntes literarios y sus no menos fuertes arrebatos anarquistas, pero aún se hizo tiempo para dejar deslizar las aguas del romance en el torrente más bien desenfrenado de sus días. La tormenta, sin embargo, no demoraría en estallar; después de unos cuantos encuentros furtivos en el apartamento de la señora Valetto -tía de Florencio y vecina de los Raventós, que hacía de Celestina, al mejor estilo de uno de los personajes por él creados- Catita confesó en familia el asunto del noviazgo, y declaró solemnemente que pretendían casarse.

Los padres no salían de su asombro, pero decidieron esconder el puñal bajo el poncho y recibir al pretendiente, aunque más no fuera para poder tenerlo vigilado. En su primera visita formal a la casa -ya convertida en fuerte militar, castillo en pie de guerra-, la futura suegra, que lo esperaba armada de una indignación lindante con el odio, no pudo contenerse y le descerrajó, a modo de saludo, el primer disparo:

-Caballerito, y usted ¿con qué cuenta?

-Con mi pluma, señora -respondió él, sin inmutarse, mientras adelantaba el labio inferior a lo caballo, y ponía los ojos más redondos que nunca.

Al final, a los Raventós no les quedó más remedio que aceptar al candidato, aunque bajo inapelables condiciones. La primera de ellas era que se labrara un porvenir, frase que venía a indicar la exigencia de abandonar de inmediato su vida disipada (lo que incluía olvidarse de asuntos sediciosos como el de la escritura) y conseguirse un trabajo decente. La segunda consistía en llevar a Catita al altar antes de un año. Él dijo que sí a todo y los padres torcieron el gesto en un alivio preñado de sospecha. Tenían que reconocer que no era mal parecido, sacándole aquel aire desgarbado de saltamontes que ha perdido el rumbo, y que probablemente tenía talento, pero el talento más desenfrenado no podrá suplantar jamás a la renta, ni a una casa repleta de cristales y alfombras, ni a un título de doctor, como recalcaba la madre con el dedo en alto mientras ponía cara de mártir y recordaba a su hija la dignidad de sus antepasados, y por eso los padres maldecían en voz alta y le ponían cara de perro al pretendiente cuando lo veían llegar, siempre con el mismo traje que se caía de viejo, sin un

vintén en el bolsillo y con aquellas ojeras que hablaban por sí solas acerca de sus malos hábitos nocturnos y su demasiada afición al alcohol, neutralizado eso sí por grandes tazas de café negro que consumía noche a noche en la Boca, por Montesano, o en el café La Brasileña, de la calle Maipú. Se decía, además, que andaba enredado en cierta secta llamada la *Syringa*, liderada por un tal José Ingenieros: sociedad misteriosa y sin duda perversa que sometía a sus acólitos –según se rumoreaba- a pruebas como andar desnudos por la calle, en pleno invierno y con los ojos vendados, y a no revelar jamás los secretos de la hermandad, bajo amenaza divina de quedar ciegos o paralíticos^v. Lindo pretendiente, bramaban los padres de la novia cuando llegaban a sus oídos estos rumores. Lo peor no fue la indignación de ellos, sin embargo, sino la influencia que ejercieron sobre la propia Catalina; después de haber llegado a entusiasmarse con el oficio de la prensa, después de acompañarlo a más de una de sus misteriosas reuniones, a ella le dio por recelar de la seriedad de las intenciones del bohemio, que no se decidía a concretar la boda y seguía trotando de Buenos Aires a Montevideo, siempre enredado en el ambiente oscuro del periodismo y de los cafetines, y empeñado para colmo en sus dislates anarquistas, que los Raventós sólo podían asociar a revueltas y cárcel, atentados con bombas y machetazos de la policía.

El día que ella le dio su ultimátum, él ensayó rogarle y hacerle juramentos, y al final pataleó de furia y de impotencia, pero por no dar el brazo a torcer decidió probar suerte por segunda vez en Rosario, al frente del diario *La República*. Regresaba así a la ciudad de las revueltas, donde había conocido a anarquistas de peso como Virginia Bolten, y a industriales mucho más poderosos que el gobierno -los propietarios de las refinerías de azúcar-. Lo peor, sin embargo, fue lidiar con los buenos burgueses parapetados tras el terror a las ideas destempladas; uno de ellos era Emilio Schiffner (a quien Florencio bautizará Chifle), el nuevo dueño del diario, al que deseaba dar un rumbo conservador y genuflexo. Trabajar dieciséis horas por día y aguantar al Chifle era, con todo, parte del sacrificio, de manera que puso los ojos en blanco y hasta se congració con el dichoso altillo, porque en algún lugar había que vivir y dedicarse a juntar plata para medio componer la cara de asco de los padres de Catita.

Minas, 1891

A los dieciséis años, Florencio se ahoga en el pueblo de los cerros asomados al valle “*como fuertes pasiones de la tierra*”^{vi} en una sola mano verde que aprieta la cintura de la ciudad

minuana. En verano ve subir el calor, espesado en neblina y espejismo, lo escucha crepitar en las esquinas quietas, y en invierno la cosa no es mejor porque el paisaje se transforma en aleteo de vidrio o en aliento doloroso de frío. Nacido en Montevideo, en la calle Agraciada Nº 26,^{vii} no conserva ni rastro de memoria de la ciudad portuaria, y cómo había de hacerlo si no tenía ni veinticinco días de vida cuando sus padres emprenden –en otro febrero calcinante- la trabajosa marcha a la lejana Treinta y Tres, para instalarse en tierras del abuelo Musante, donde Florencio se dedicó a forjar sus únicos recuerdos más o menos amables, pero los Sánchez vuelven a ganar el camino y recalcan en Minas, en donde seguirán naciendo sus hijos –llegarán a ser once-. Para cuando le dan el cargo de escribiente de la Junta Administrativa, que le consigue su tío José Antonio Sánchez, y por el cual le pagan dieciséis pesos mensuales, él es ya un adolescente de exaltadas ideas, que le brotan no se sabe de dónde, y lo peor es que disfruta soltándolas de a una en *La voz del pueblo* –dirigido por su muy sedicioso maestro Bernardino Orique- bajo el seudónimo de Jack a secas (sin el título de Destripador)^{viii}. Claro que se le va la mano en sus escritos, pero para eso están sus ganas y sus dieciséis años. Es ya Florencio Sánchez, aunque ni él mismo lo sepa; y lo es hasta la punta de los pelos, de modo que el artículo denominado “*Crrick... crrick*” (expresamente dirigido a atacar al caudillo minuano Brígido Silveira) le cuesta nada menos que su cargo en la Junta. El 31 de marzo de 1892 lo destituyen de solemnidad, a pesar de sus protestas y de las artimañas con las que disimuló mientras pudo su afición a escribir: ponía sobre el escritorio un expediente, y con la mano adentro del cajón garrapateaba líneas y más líneas durante las interminables horas de trabajo.

Si no me dejan casar me pego un tiro

Catalina dirá años después al evocarlo, que una tarde cualquiera, mientras caminaba por el corredor del edificio de Belgrano, se topó con “*aquel muchacho alto, espigado, de ojos pardos y de mirada dulce, que sin embargo me turbaba*”^{ix}. El siglo XIX expiraba y ellos, por el contrario, se volvían inmortales, o al menos invencibles, tanto como para afrontar aquellos cuatro años de ambivalencias amorosas, mediados por la complicidad de la tía Valetto y la hostilidad imperial de Enrique y Catalina Oliden. En ese tiempo, sin embargo, Florencio fue cimentando piedra a piedra el edificio de su destino literario, porque estaría escrito que la fama y el genio lo habían elegido, y además porque había que repechar la cuesta del prometido matrimonio. Claro que jamás sentó cabeza. Al contrario, su cabeza volaba por los aires, no en explosión de muerte sino de fruta arrancada del tronco a zarpazos de duda y

pensamiento.

Durante los primeros veintiocho años de su vida, o sea hasta que se casó con Catita, vivió casi a lo bicho, o al menos así fue cuando sirvió en las filas de Aparicio Saravia, experiencia que sirvió solamente para colmarlo de indignación y asco hacia esos pretendidos “*patriotas, guapos y politiqueros*” en los que no creía, según declara, para escándalo de medio mundo, en sus *Cartas de un flojo*. En 1898 dirigió en Mercedes el diario *El Telégrafo*, él solo con su alma, y comía a lo perro y dormía –a lo perro también- en una cama sepultada en el rincón más oscuro del diario, rematada muchos años más tarde en el pueblo^x. No duró ni tres meses en el puesto; apenas pudo se lanzó alegremente a la militancia anarquista en Montevideo y más precisamente en los cafés de vidrios biselados y mesas de mármol, entre humaredas de tabaco y tertulias socráticas –como el Polo Bamba, de Severino San Román, o el Moka o el Carlitos, o la librería La Moderna, de Orsini Bertani-, y de paso alternaba entre la producción literaria, la cárcel y la miseria intermitente a que lo condenaba su destemplado oficio de redactor y periodista. En el fondo, todo lo cansó siempre; todo lo entusiasmó y lo abrumó a la vez, menos su porfiada vocación de escribir y, según suponemos, su Catita.

-Muchacha, antes de casarte con ése, mejor es que te entierres cuarenta metros bajo tierra -era uno de los edificantes comentarios que, desde el inicio del noviazgo, solía hacer Enrique Raventós a su hija.

-Cualquier día terminás presa por culpa de ese atorrante.

-O muerta en una cuneta.

-O hecha una tal por cual.

-Si no me dejan casar con ella, me pego un tiro –retrucó Florencio, con meridiana sencillez, al enterarse, por boca de su tía, de las maquinaciones familiares^{xi}.

Desesperado de nostalgia

“¿Quieres que te escriba largo? Pero si no sé qué decirte; si cuando me pongo frente al papel no encuentro palabras apropiadas para escribirte el mundo de cosas que siento aquí dentro. Mira. Si ello bastara, te escribiría simplemente veinte pliegos (...) con las palabras ¡te quiero!”^{xii}.

Lejos estaba Catita de aquellas hembras anarquistas de moño despeinado, ropas como de hospicio y manos casi en llagas que, después de cumplir jornadas agobiantes, todavía tenían fuerza para treparse a un cajón y gritar contra todos los abusos del mundo. A Florencio, en cambio, lo atraía el mundo obrero, no solamente porque la cuestión del proletariado ardía

por todos lados, sino además por su notoria inclinación a hurgar en las entrañas de los dramas sociales, en busca del misterio siempre renovado de la condición humana que, allí en Rosario, se le reveló con aliento de monstruo apenas puso un pie en su suelo, y el monstruo se devoró su alma y sus ideas y de paso su tiempo, al punto de no poder escribirle una línea a su novia, y menos recordarla; Catita pasó a ser una bruma, un hechizo lunar de los que se adivinan pero no se desean, y sin embargo a veces, en la alta noche, desvelado por alguno de esos insomnios que lo obligaban a levantarse y empuñar la pluma, añoraba la presencia de un cuerpo de mujer junto al suyo -no el de esas chinas de la tropa, cuyos escarceos eróticos le alcanzaron, según algunos biógrafos, para contraer la sífilis y quedar “específico”, además de acentuarle cierta melancolía tuberculosa que exhalan sus fotografías- sino más bien el de Catita, que no por impoluta dejaba de tener cierta apariencia de ninfa tempestuosa, más deseada cuanto más prohibida. La evocaba con sus blusas de volados cerradas hasta el cuello, y la redonda insinuación de un pecho todavía vedado; hasta sus pies le parecían deseables, enfundados en medias que solían aflojarse en anillos concéntricos en torno a sus tobillos, y en torno de esa imagen flotarían sus versos predilectos, aquellos de los *Cantos rojos*, que escribiera Ángel Falco.

“Catita mía: ¿Dos? Tres cartas te he escrito. La última un tanto impaciente, llena de inquietudes, la escribí desesperado de nostalgias y recuerdos. Fue un día triste, en que te extrañaba más que nunca, si más de lo que te quiero se puede querer. Figúrate que se me conocía en la cara y todos me preguntaban si estaba enfermo. Y ya lo creo que lo estaba, como lo estoy ahora, enfermo de cariño no satisfecho, de deseos no cumplidos, de ausencia, de Catita lejos...^{xiii}”

Buenos Aires, 1903: Se casa M'hijo el doctor

“Trabaje pues, y haga como su amigo Florencio Sánchez que por lo mismo que es uno de los pocos autores de garra en América, supo atraerse hacia sí todos los dardos de la envidia, tapando luego los berridos de la chusma con un caudal de obras superiores”.

Julio R. Barcos a José de Maturana^{xiv}

Después de años de arrastrar toda suerte de penurias económicas, madrugadas de mate cocido y dormidas en colchones de los que parecen rellenos de naranjas; después de padecer persecuciones de propios y de ajenos, prisiones varias y hasta demostraciones de

repudio con silbatina y todo^{xv}, el recién estrenado novecientos marcará la bonanza para Florencio, en todos los sentidos menos en el de su salud, minada ya por el aniquilamiento de males invisibles. Si en 1902 vive todavía jaqueado, tanto por la policía como por sus futuros suegros, 1903 será el año de las grandes hazañas. Parece concretar por fin aquella consigna que tanto le repitiera Catita en sus cartas: *“Debes tener confianza y trabajar... sólo trabajar”*. Obediente al consejo, escribe una obra satírica centrada en la típica familia burguesa obsesionada por alcanzar los más altos escaños del prestigio social. Lo que no le salía era el título -los títulos, en realidad, siempre le dieron dolores de cabeza-. Primero la llamó *Las dos conciencias*, pero le pareció un nombre pomposo y afectado; después la denominó *Los hijos de hoy* y finalmente, a instancias de su amigo de Vedia, se decidió por *M'hijo el doctor*. Una vez terminada, la metió de cualquier modo en una vieja carpeta de cuero y corrió a casa de los Raventós. Cuando entró, con el pelo desordenado y aquellos ojos de loco, los caireles de la araña del comedor se habrán agitado con la correntada súbita que traía a su paso, y la familia tembló entre el asombro y el pánico. Hacía meses que no lo veían, y creyeron que venía huyendo de la policía; apenas unos días antes, la madre le había dicho a Catita, con sombría entonación:

-¿Ves cómo ese mozo era anarquista? Ése no se casa contigo...

Y cuando el asesinato del obrero Budislavich, allá en Rosario, le habían advertido:

-Te van a matar de un balazo con él, el día menos pensado^{xvi}.

Ahora lo tenían ante sus ojos, tan exaltado que no podía articular palabra, mientras afuera seguía soplando el viento.

-Usted dirá... -articuló el padre, procurando adoptar un aire marcial.

-Vengo a pedir la mano de Catita -se atropelló él y, sin darles tiempo a reaccionar, tomó a su novia del brazo y se la llevó a la sala, apenas alumbrada por una vieja lámpara. Todos lo siguieron, ganados por la curiosidad, y él leyó su nueva obra de cabo a rabo, sin reparar en nada ni en nadie, como no fuera en la mirada de ella, que lo contemplaba con aire arrobado.

“¡Pobre Don Quijote! Cuando se estrenó M'hijo el doctor, una obra que escribiera en pocas horas sobre la mesa de un cafetín, y al dorso de unos formularios del Telégrafo Nacional, sus huesos se resentían todavía de la última paliza policíaca, recibida allá en Entre Ríos, a raíz de uno de sus más vibrantes editoriales revolucionarios. Ese era Florencio Sánchez, cuando sacudió a la opinión con el estreno de M'hijo el doctor, y ese continuó siendo toda su vida^{xvii}”.

La obra fue estrenada casi enseguida en La Comedia de Buenos Aires^{xviii}. La representaron los Podestá -padre e hija-, actores uruguayos que empezaron con un circo ambulante y

terminaron dirigiendo uno de los principales teatros porteños. El éxito fue tan grande que, al caer el telón, la gente se puso a pedir por el autor. Entonces Florencio (que a esas alturas se había ganado el apodo de M'hijo el doctor) subió en dos saltos los escalones y, poniéndose la mano izquierda en el pecho, señaló con la otra a una muchacha sentada en la platea, mientras anunciaba a gritos:

-Es mi novia, señoras y señores, y antes de un mes será mi esposa.

Se casaron el 25 de setiembre de 1903, primero por civil y luego por iglesia. Los padrinos fueron José Ingenieros y Joaquín de Vedia -los dos primeros actos de su obra triunfal se los había leído a este último poco antes, en una noche mediada por la helada, el brasero de pobre y dos o tres botellas de vino-. Pero la obra recaudó buen dinero, y la momentánea prosperidad le permitió pasar a vivir con su esposa en una casita de Banfield donde tenían, en el jardín del fondo, un sillón de ligustro que venía a ser el trono de Catita, y varios bichos, entre ellos la calandria Kití y la garza Juancito. *"He visto una casita en el boulevard, monísima, con un jardín de lo más pintoresco. Allí vamos a hacer nuestro nido"*, le había dicho a ella casi dos meses antes^{xix}. *"Anoche soñé contigo. Linda como una virgencita escapada de un cuadro, salías a recibirme con un beso a la puerta de nuestra casa"*. En esa misma casa, ya no de sueño sino de milagro más o menos tangible, serán visitados por los amigos, que les recomendaron una noche, al despedirse, como para completar una felicidad tan minuciosamente colmada:

-Deberían ustedes alquilar un árbol.

Génova, 1910: ¿Quién dijo miedo?

"Mi obra no será de especulación científica. Quiero ofrecer a la humanidad un espejo en que vea reflejada sus pasiones, su miseria, sus vicios. Esto hacemos, éstos son nuestros crímenes, y por esto nos estamos despedazando".

(Los derechos de la salud, Acto III, esc. 1).

En 1909, ya en el apogeo de su fama –a *M'hijo el doctor* han sucedido *La pobre gente*, *La Gringa*, *Barranca Abajo*, *Mano Santa* y *En familia*, entre otras, todas con un éxito más o menos resonante-, el gobierno uruguayo lo designa Comisionado Oficial en Italia. El 25 de setiembre, fecha del sexto aniversario de su boda, se embarca en el *Príncipe de Udine*, solo, eufórico y con su boina de fieltro llena de malos presentimientos. Aunque los primeros días fueron de bonanza, el prolongado viaje por mar no transcurrió en vano para sus pulmones malheridos; cada noche sentía avanzar cierto derroche de humedad y salitre por dentro de su

pecho, y cada amanecer despertaba empapado en un sudor ardiente: ya a fines de octubre le anuncian, en Génova, que su mal no tiene vuelta, de manera que cuando caen entre sus manos tres mil marcos de anticipo por su obra *Los Muertos* (vaya ironía la de sus títulos), una locura casi póstuma le sube hasta los dientes, y decide emplear el tic tac implacable de sus días en darse la vida más fastuosa posible, como si la multiplicación del lujo y de la orgía pudiera conjurar el temblor irremediable de sus huesos, así que se dedica a naufragar todas las noches en banquetes y copas rebosantes de vino, camas de ébano con ángeles tallados y mujeres en cuyos brazos se duerme, sudoroso –en cartas a sus amigos nombra a una Madame X, y a Mimí y a Lulú- después de haber llorado a su Catita que ya es de nunca más o de ninguna parte. La vida, o el resto de lo que pudo ser, le pasa ante los ojos mientras él trota de Génova a Milán, y a Roma, y a la Niza de casinos y cafés apoteósicos, de azul mediterráneo y púrpura enfermizo –y este último color no es el del mar ni del cielo sino de sus escupitajos: “cada vez que esputo sangre se me llenan los ojos de lágrimas^{xx}”- y de nuevo a Milán para dar con sus pulmones carcomidos en el Hospital Fate Bene Fratelli, en donde un 7 de noviembre pregunta o se pregunta: ¿quién dijo miedo, Devic^{xxi}? antes de caer derrumbado en las almohadas, no sin antes renegar de visitas de curas, monaguillos, extremaunciones y demás ceremonias de la muerte que un anarquista como él no podía tolerar ni siquiera en los umbrales finales del vacío.

Las cartas de la intimidad, que le enviara a su mujer desde Europa, se perdieron para siempre, no por azar sino por puntillosa voluntad; Catita dispuso –acaso en un gesto último de preservación de esas cosas destinadas a una eternidad insondable- que fueran sepultadas bajo el monumento a su memoria, inaugurado en el Parque Rodó el 17 de enero de 1937. Allí está, con una mueca casi atroz, el pelo alborotado y partido en una raya al medio, con ganas de inclinarse una vez más sobre los dolores y las culpas del mundo.

ⁱ “Movimiento social”. *Tribuna Libertaria*, Montevideo, N° 30, 26 de mayo de 1901. Citado por Daniel Vidal, 2010:85.

ⁱⁱ En la obra “*Por el mundo*” y “*Mis universidades*”. Máximo Gorki.

ⁱⁱⁱ Carlos Roxlo. *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya*, Librería Nacional A. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1915, Tomo VI, 652 páginas; pp. 328-330

^{iv} Diario La República, Rosario, Argentina. 1° de octubre de 1901.

^v Horacio González (2006:279) menciona que en el cuento *Saverio el cruel*, Roberto Arlt alude a la peña *La Syringa*, organizada por Ingenieros “y sus cofrades modernistas”.

^{vi} Himno a Minas, escrito por Juan José Morosoli, con música de Antonio Cañelas.

^{vii} Así consta en su fe de bautismo, Folio 342, Número 125 del Libro 10: “*El 11 de febrero de 1875, el Presbítero José Balbi bautizó solemnemente a Florencio Antonio, nacido el 17 de enero de 1875, hijo legítimo de Olegario Sánchez y Jovita Musante, orientales. Padrinos: Ignacio y Carolina Mena, de que certifico yo, el*

Párroco, José María Ojeda".

- viii Sánchez afirmará en el artículo del 18 de julio de 1891 que es Jack "sin" destripador, para diferenciarse del ya mítico asesino inglés y demostrar que, en todo caso, lo suyo no era la brutalidad del destrozo sino la sátira reflexiva.
- ix Turnes, 2010.
- x Entrevista realizada por Roberto Ibáñez a Lisandro Ibargoyen, comisario de Mercedes, el 14 de octubre de 1944.
- xi En Julio Imbert, *Florencio Sánchez, vida y creación*. Pp 84-85. Citado por Antonio L. Turnes (2010)
- xii Fernando García Esteban (1937)
- xiii Fernando García Esteban, op. Cit.
- xiv Así aconsejaba Julio R. Barcos, en carta abierta, a José de Maturana el 20 de agosto de 1908, a propósito del estreno reciente de *La flor del trigo*. En Turnes (2010: 226).
- xv El incidente, acaecido en Mercedes, repercutió en Montevideo. La Razón vespertina sacó un suelto, el 22: "*Florencio Sánchez, inteligentísimo muchacho que fuera compañero nuestro de redacción, se las está viendo amargas en Mercedes. Figúrense Uds. que se ha echado encima al Paraíso! Y todo por haber censurado en una crónica teatral, que algunos habitantes de la celeste mansión faltaron [sic] a los respetos debidos a un público tan culto como el mercedario, vociferando y pateando a cada momento*". Ibáñez, Roberto: op cit, pp. 20.
- xvi Muñoz y Suárez (2010)
- xvii Palabras de Ernesto Herrera durante una conferencia en Madrid en 1914.
- xviii A cargo de la "*Gran Compañía Lírica Dramática Nacional*" de Jerónimo Podestá. La obra permaneció, excepcionalmente, más de un mes en cartel, hasta el 14 de setiembre. Como señala Jorge Pignataro Calero, "*en noviembre de 1903 la compañía italiana Pirovano-Cavalli-Bolognesi estrenó la versión italiana de Vicente Di Nápoli-Vita resultando muy gracioso, según el historiador Fernando García Esteban, ver a los gauchos de chiripá hablando en gringo*". En *Centenario de "M'hijo el doctor"*. El País Digital (2003)
- xix Carta de Florencio a Catalina. 3 de agosto de 1901.
- xx Carta de Florencio a Julián Nogueira. Génova, 20 de octubre de 1909.
- xxi En referencia a su amigo Santiago Devic a quien había conocido en Rosario, y que lo acompañó en sus últimos momentos.

BIBLIOGRAFÍA:

- Fernández Saldaña, José María (1945) *Diccionario Uruguayo de Biografías 1810-1940*: Edición de Adolfo Linardi, Editorial Amerindia, Montevideo
- García Esteban, Fernando (1937) *Vida de Florencio Sánchez*. Ed. Alfa, Montevideo. 1970
- González, Horacio (2006) *Escritos en carbonilla. Figuraciones, destinos, retratos*. Ed. Colihue. Bs. As.
- Ibáñez, Roberto (1975) *Florencio Sánchez. Aportes y enmiendas a su biografía*. Revista de la Biblioteca Nacional, No. 11, octubre, pp. 9 – 27.
- Imbert, Julio (1954) *Florencio Sánchez, vida y creación*. Ed. Schapire, Bs. As.
- Muñoz, Pascual y Pablo Suárez (2010) *La vida anárquica de Florencio Sánchez*. La Turba Ediciones.
- Rela, Walter (1966) "Ernesto Herrera, artículos periodísticos, manuscritos y correspondencia". En *Revista de la Biblioteca Nacional*. Año 1, Número 1, 1966. Montevideo.
- Roxlo, Carlos (1915) *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya*, Librería Nacional A. Barreiro y Ramos, Montevideo. Tomo VI
- Turnes, Antonio L. (2010) *Florencio Sánchez, los misterios de su vida, pasión y muerte*. Ed. Granada. Montevideo.
- Vidal, Daniel (2010) *Florencio Sánchez y el anarquismo*. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo

